



(1860-1936)

## **PROBANDO LOS ESPÍRITUS**

por

Samuel Logan Brengle D. D.

# PROBANDO LOS ESPÍRITUS

por  
Samuel L. Brengle D. D.

*"Recibiréis poder cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo."* Jesús

Aquellos que no tienen el Espíritu Santo, o que no le obedecen, fácilmente caen en el formalismo, realizando ceremonias muertas, practicando sacramentos, haciendo genuflexiones, y cumpliendo ritos en sustitución de la adoración libre, gozosa y viva inspirada por el Espíritu. Estas personas cantan, pero no del corazón. Repiten oraciones, pero no oran en verdad.

"Anoche oré, Mamá," dijo un niño.

"¡Pero todas las noches oras, Hijito!" repitió la madre.

"No," contestó el niño. "Sólo repetía oraciones, pero anoche de veras oré," Y su rostro resplandecía. Él había abierto su corazón al Espíritu Santo, y había, por fin, hablado con Dios en verdad y le había adorado.

Por el otro extremo, los que reciben el Espíritu Santo pueden llegar a caer en fanatismo a menos que acaten el mandamiento de Juan de "probar los espíritus si son de Dios".

Se nos manda a "no despreciar la profecía", pero al mismo tiempo somos mandados a "probar todas las cosas." "Muchos falsos profetas han salido por el mundo" y, si fuera posible, nos harían desviar del camino. De manera que debemos tener cuidado. Como alguien ha escrito, nosotros no debemos "creer a todo espíritu, ni seguir a todo el que pretende tener el Espíritu de Dios. Hay que poner a prueba a todo el que profese tener visión, inspiración o revelación de Dios."

Mientras más sublime y más intensa la vida, más celosamente se debe guardar para que no corra riesgo o se pierda. Tan es así en el mundo natural, como lo es en el mundo espiritual.

Cuando Satanás ya no pueda dormir a las personas con arrullos religiosos, o satisfacerlas con formas muertas, entonces vendrá como ángel de luz, probablemente en la persona de algún maestro de religión, buscando usurpar el lugar del Espíritu Santo. Pero en vez de "guiar a toda verdad", él conduce al alma incauta al error mortal. En vez de guiarla por el camino de santidad y por la senda de perfecta paz donde ninguna fiera jamás subirá, él la conduce al desierto para asolarla y despojarla de su precioso ropaje de salvación, hiriéndola y abandonándola para que muera. Perecerá a menos pase por ese lugar algún buen samaritano, lleno de paciencia, misericordia y amor como Cristo, y le socorra.

1. Cuando el Espíritu Santo viene en su plenitud, Él desviste a los hombres de su justicia propia, su orgullo y su vanidad. Entonces se ven a si mismos como los más grandes pecadores, y se dan cuenta que solamente por las heridas de Jesús son sanados. Y de ahí en adelante, mientras vivan en el Espíritu, su fuerza está en Cristo y su gloria está en su cruz. Recordando el hoyo de donde fueron rescatados, están llenos de tierna compasión para con todos los demás que aún están fuera del camino. Ellos no disculpan el pecado ni no lo justifican; sin embargo, son lentos para creer el mal, y sus juicios se caracterizan por el amor.

"No juzgues a tu hermano. Sus pensamientos  
y las intenciones de su corazón, no conoces.  
Lo que a tu débil vista parezca mancha,

A la luz pura de Dios podrá ser cicatriz,  
Un trofeo del campo de batalla,  
Donde tú, al desmayar, quizá cederías.”

Pero el hombre a quien Satanás ha desviado, olvida su estado miserable anterior, se jacta de su justicia, y da gracias a Dios de que nunca fue como otros hombres. Luego, comienza a golpear a sus consiervos con duras acusaciones, a traspasarlos con constantes críticas, y a lanzarles lluvia de palabras pesadas. Ya no advierte y ruega a los pecadores con tierno amor. Al contrario, pronto cree el mal, rápidamente emite juicio, no solamente sobre sus acciones, sino también sus intenciones.

El cristiano lleno de verdadero amor no tiene compañerismo con las obras de las tinieblas. Nunca llama a lo malo bueno; nunca toma a la ligera la iniquidad; pero está muy lejos de mostrar un espíritu cortante y condenatorio— tan lejos como la luz está de las tinieblas, y como la miel del vinagre. Es pronto a condenar el pecado, pero sufrido, compasivo y tolerante para con el pecador.

2. Otra marca de aquellos en quienes mora el Espíritu Santo, es su actitud humilde y su mente abierta a la enseñanza. Estos cristianos estiman muy altamente a las personas que están sobre ellos en el Señor, y se alegran de poder ser amonestados por ellos. Se someten unos a otros en el temor del Señor, reciben felices la instrucción y la corrección, y saben que “mejor es reprensión manifiesta que amor oculto” (Proverbios 27:5). Creen que todavía hay mucho que el Señor quiere enseñarles y lo aceptan felices como del Señor por medio del instrumento que Él escoja, en especial por medio de sus líderes y sus hermanos. No se acobardan ni aceptan adulación de los hombres, ni creen todo lo que se les dice sin probarlo por medio de la Palabra y el Espíritu de Dios. Sin embargo, creen que Dios constituyó “a unos apóstoles, a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para a obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo”. Al igual que Cornelio, están dispuestos a escuchar a los ministros y recibir de ellos la Palabra del Señor. Pero Satanás procura destruir esta humildad y docilidad de espíritu. Aquellas personas en quienes su obra mortífera ha comenzado, se vuelven “en su propia opinión más sabias que siete que sepan aconsejar.” Se creen saber más que todos sus maestros de manera que ningún hombre puede instruirlos. Un tal iluso (aunque antes había sido ejemplo de modestia y humildad) declaró de ciertos siervos escogidos de Dios (de reconocida sabiduría) que “todos juntos no comprendían más acerca del Espíritu Santo que un burro.” San Pablo, Lutero y Wesley fueron estorbados y su obra fue grandemente perjudicada por almas así envanecidas.

Probablemente todo gran despertamiento espiritual será marcado en medida alguna por tales personas. De manera, que no podríamos salvaguardarnos demasiado de tales espíritus que buscarían falsificar la obra del Espíritu Santo.

Este gran engaño es el que ha llevado a algunos hombres a declararse apóstoles o profetas, reclamando la atención de todos los hombres bajo pena de que les caiga la ira de Dios. Algunos han declarado tener cuerpos resucitados e inmortales. Otros han llegado al extremo del fanatismo desde el cual tranquilamente se proclaman ser el Mesías, o el mismo Espíritu Santo en forma corporal. Tales personas son prontas para atacar la doctrina de la infalibilidad del Papa; pero al mismo tiempo, se atribuyen su propia infalibilidad, y denuncian a cualquiera que les contradiga.

El Espíritu Santo podría conducirnos a competir santamente en buenas obras con amor y humildad, con bondad fraternal y sin egoísmo. Pero nunca llevará a los hombres a la exaltación vana, que crean tener conocimientos exclusivos y superiores, de tal manera que ya no pueden ser enseñados por sus semejantes.

3. El hombre que está lleno del Espíritu Santo muestra tolerancia para con aquellos que difieren de él en opiniones o doctrinas. Es firme en cuanto a sus propias convicciones; está preparado en todo tiempo para explicar y defender con mansedumbre y temor las doctrinas que sostiene con base en la Palabra. Pero no condena ni manda al infierno a todos cuantos difieren de él. Se goza en creer que los hombres muchas veces son superiores a sus credos, y que quizá sean salvos a pesar de sus errores. Así que, como las montañas cuyos pies están bañados del sol y adornados de campos fructíferos, mientras sus cumbres están cubiertas de oscuros nubarrones, así también los corazones de los hombres frecuentemente producen los frutos de la gracia y el amor mientras sus cabezas permanecen en la oscuridad de errores doctrinales. Sea cual sea su condición, como “siervos del Señor” no son “contenciosos, sino amables para con todos, aptos para enseñar, sufridos; que con mansedumbre corrigen a los que se oponen, por si quizá Dios les conceda que se arrepientan para conocer la verdad, y escapen del lazo del diablo, en que están cautivos a voluntad de él” (2 Timoteo 2:24-26).

Cuando Satanás venga como ángel de luz, pretendiendo amor y lealtad para con la verdad, procura introducir un espíritu de intolerancia. Este mismo espíritu es el que crucificó a Jesús, quemó a Huss y a Cramer en una hoguera; hizo ahorcar a Savonarola; inspiró la masacre de San Bartolomé y todos los horrores de la Inquisición. El mismo espíritu, posiblemente en forma menos violenta pero más sutil, ciega los ojos de muchos cristianos profesantes para que no vean ningún bien en aquellos que difieren de ellos en doctrina, forma de adoración o método de gobierno. Asesinan el amor para proteger lo que ellos ciegamente llaman verdad. Pero, ¿qué es verdad sin amor? Es cosa muerta, un estorbo. ¡La letra mata!

El cuerpo es necesario para nuestra vida en este mundo, pero la vida puede existir en cuerpo deformado y aun mutilado. Un cuerpo mutilado pero con vida es mejor que el más perfecto cadáver. De manera que, aunque la verdad es sumamente preciosa, y la doctrina sana es de ser estimada más que el oro y la plata, el amor sí puede existir donde la verdad no se tiene en su forma más perfecta y completa. El amor es lo que realmente es indispensable.

El amor de Dios es más amplio  
Que la dimensión de la mente humana.  
No hay medida para la misericordia  
Del corazón del Eterno Padre.

4. El Espíritu Santo engendra un espíritu de unidad entre cristianos. Personas que se han colocado atrás de sus propias barreras de sectarismo en tranquila complacencia, orgullosa indiferencia, celo proselitista, o desafío inflexible, repentinamente superan las barreras, y encuentran dulce comunión el uno con el otro cuando el Espíritu Santo viene a sus corazones.

Se gozan en compañía el uno del otro. Estiman a cada uno mejor que sí mismo. Llenan el ideal del Salmista: “¡Mirad, cuán bueno y cuán delicioso es habitar los hermanos juntos en armonía!” He aquí un cuadro de los primeros cristianos en Jerusalén: “Y todos fueron llenos del Espíritu Santo y hablaban la Palabra con denuedo . . . y la multitud de los que había creído era de un corazón y un alma; y ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común.” ¡Qué ideal! Si se pudo alcanzar una vez, se podrá alcanzar

nuevamente y se podrá retener, pero únicamente cuando el Espíritu Santo more en su pueblo. Es por esto que Jesús derramaba su corazón en su gran oración pontifical, grabada en San Juan 17, justo antes de su arresto en el Huerto de Getsemaní. Él dijo, “Yo ruego por ellos . . . mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno.” Y ¿cuál sería la norma de unidad que Él pedía que alcanzáramos? ¡Escuche!

“Como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste.” Tal unidad tiene un maravilloso poder para convencer las mentes de los pecadores. “La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno . . . para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado.” ¡Maravillosa unidad! ¡Maravilloso amor!

Esto es lo que eternamente anhela el bendito corazón de Dios, y es hacia esto que el Espíritu trabaja en el corazón de aquellos que le reciben. Pero Satanás continuamente busca destruir este santo amor y la divina unidad. Cuando él viene, mete sospechas, levanta contiendas, apaga el espíritu de la oración intercesora, engendra la murmuración y provoca separación.

Después de enumerar varias virtudes cristianas, y de haber rogado a los colosenses a vestirse de ellas, Pablo añade: “Y sobre todas estas cosas, vestíos de amor, que es el vínculo perfecto”. (Col. 3:14). Estas virtudes eran “vestiduras” y el amor era el cinto que ataba y unía a todas. De la misma manera, el amor es el vínculo que mantiene unidos a los verdaderos cristianos.

El amor divino es la norma por medio de la cual hemos de probarnos a nosotros mismos, a todos los maestros, y a todos los espíritus.

El amor no se jacta. El amor no se envanece. El amor no es intolerante. El amor no es cismático. El amor es leal a Jesús y a todo su pueblo. Si este amor ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, podremos discernir la voz de nuestro Buen Pastor, y no seremos engañados por la voz de un extraño. De esa manera estaremos a salvo, tanto del formalismo como del fanatismo.

**“¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando creísteis?”**